



001

EL DRAMA DE LA SEPARACIÓN ENTRE FE Y RAZÓN ¹

San Juan Pablo II

Según el testimonio de los Hechos de los Apóstoles, el anuncio cristiano tuvo que confrontarse desde el inicio con las corrientes filosóficas de la época. Ciertamente esto no era casual. Los primeros cristianos *para hacerse comprender por los paganos no podían referirse sólo a «Moisés y los profetas»*; debían también apoyarse en el conocimiento natural de Dios y en la voz de la conciencia moral de cada hombre.

En la historia de este proceso es posible verificar la recepción crítica del pensamiento filosófico por parte de los pensadores cristianos. Este nuevo pensamiento cristiano que se estaba desarrollando hacía uso de la filosofía, pero al mismo tiempo tendía a distinguirse claramente de ella.

Un puesto singular en este largo camino corresponde a **Santo Tomás de Aquino**, pues tuvo el gran mérito de destacar la armonía que existe entre la razón y la fe.

¹ Extractado del Capítulo IV de la Encíclica 'Fides et ratio' de 1998.

Argumentaba que ***la luz de la razón y la luz de la fe proceden ambas de Dios; por tanto, no pueden contradecirse entre sí.***

Más radicalmente, Tomás reconoce que la naturaleza, objeto propio de la filosofía, ***puede contribuir a la comprensión de la revelación divina.*** La fe, por tanto, no teme la razón, sino que la busca y confía en ella.

Aun señalando con fuerza el carácter sobrenatural de la fe, el Doctor Angélico no ha olvidado el valor de su carácter racional; sino que ha sabido profundizar y precisar este sentido. Precisamente por este motivo la Iglesia ha propuesto siempre a Santo Tomás como maestro de pensamiento y modelo del modo correcto de hacer teología.

Con la aparición de las primeras universidades, la teología se confrontaba más directamente con otras formas de investigación y del saber científico. San Alberto Magno y Santo Tomás, aun manteniendo un vínculo orgánico entre la teología y la filosofía, fueron los primeros que reconocieron la necesaria autonomía que la filosofía y las ciencias necesitan para dedicarse eficazmente a sus respectivos campos de investigación.

Sin embargo, a partir de la baja Edad Media la legítima distinción entre los dos saberes se transformó progresivamente en ***una nefasta separación.*** Debido al excesivo ‘*espíritu racionalista*’ de algunos pensadores, se radicalizaron las posturas, llegándose de hecho a una filosofía separada y absolutamente autónoma respecto a los contenidos de la fe.

Las radicalizaciones más influyentes son conocidas y bien visibles, sobre todo en la historia de Occidente. No es exagerado afirmar que ***buena parte del pensamiento filosófico moderno se ha desarrollado alejándose progresivamente de la Revelación cristiana,*** hasta llegar a contraposiciones explícitas.

En el siglo pasado, algunos representantes del idealismo intentaron de diversos modos transformar la fe y sus contenidos, incluso el misterio de la muerte y resurrección de Jesucristo, en estructuras dialécticas concebibles racionalmente. A este pensamiento se opusieron diferentes formas de humanismo ateo, elaboradas filosóficamente, que presentaron la fe como nociva y alienante para el desarrollo de la plena racionalidad.

Además, como consecuencia de la crisis del racionalismo, ha cobrado entidad el ***nihilismo.*** Como «*filosofía de la nada*», logra tener cierto atractivo entre nuestros contemporáneos. Sus seguidores teorizan sobre la investigación como fin en sí misma, sin esperanza ni posibilidad alguna de alcanzar la meta de la verdad.

El nihilismo está en el origen de la difundida mentalidad según la cual ***no se debe asumir ningún compromiso definitivo, ya que todo es fugaz y provisional.***

Por otra parte, no debe olvidarse que en la cultura moderna ha cambiado el papel mismo de la filosofía. De sabiduría y saber universal, se ha ido reduciendo progresivamente a una de tantas parcelas del saber humano; más aún, en algunos aspectos se la ha limitado a un papel del todo marginal. Mientras, otras formas de racionalidad se han ido afirmando cada vez con mayor relieve, destacando el carácter marginal del saber filosófico. Estas formas de racionalidad, en vez de tender a la contemplación de la verdad y a la búsqueda del fin último y del sentido de la vida, están orientadas como «razón instrumental» al servicio de fines utilitaristas, de placer o de poder.

En este último período de la historia de la filosofía se constata, pues, una progresiva separación entre la fe y la razón filosófica que exige un atento esfuerzo de discernimiento, ya que ***tanto la fe como la razón se han empobrecido y debilitado una ante la otra.***

La razón, privada de la aportación de la Revelación, ha recorrido caminos secundarios que ***tienen el peligro de hacerle perder de vista su meta final.*** La fe, privada de la razón, ha subrayado el sentimiento y la experiencia, ***corriendo el riesgo de dejar de ser una propuesta universal.***

Es ilusorio pensar que la fe, ante una razón débil, tenga mayor incisividad; al contrario, ***cae en el grave peligro de ser reducida a mito o superstición.*** Del mismo modo, una razón que no tenga ante sí una fe adulta ***no se siente motivada a dirigir la mirada hacia la novedad y radicalidad del ser.***